

LOS MERCENARIOS IBÉRICOS Y LA CONCEPCIÓN HISTÓRICA EN A. GARCÍA Y BELLIDO

POR

FERNANDO QUESADA SANZ

Universidad Autónoma de Madrid

En fechas recientes¹ hemos argumentado una serie de razones por las que creemos que los mercenarios ibéricos que combatieron al servicio de los cartagineses (y ocasionalmente bajo estandarte heleno) en Sicilia y el Mediterráneo, no ejercieron un papel significativo como agentes de la supuesta (y debatible) «helenización» de Iberia. No repetiremos aquí un largo discurso ya publicado, pero sí resumiremos sus puntos esenciales, sobre los que desarrollaremos otras consideraciones cercanas a la figura y obra de D. Antonio García y Bellido, quien en muchas ocasiones se ocupó de estos mercenarios².

A nuestro juicio, para discutir los procesos de «helenización» de Iberia debemos diferenciar una primera fase (desde fines del siglo VI a.C. hasta c. 237 a.C.), de la época posterior en que Iberia entró en la «Gran Partida» de las luchas entre grandes potencias. Creemos que durante esa primera fase no fueron muchos los mercenarios reclutados por Cartago en Iberia; opinamos además que estas tropas tuvieron pocas oportunidades de impregnarse de la cultura semita y menos aún de la helénica, salvo, quizá, algunos jefes. En tercer lugar, sostenemos que pocos o muy pocos de los mercenarios reclutados regresaron alguna vez a sus pueblos de origen, bien porque murieron mientras estaban en filas (no necesariamente en combate) o porque se establecieron definitivamente en Sicilia. En consecuencia, su papel helenizador debió ser escaso o nulo, salvo a título individual. No trataremos ahora de la segunda fase, de características distintas.

En esta ocasión pretendemos insistir en algunas cuestiones relativas al modo en que la inves-

tigación de época de García y Bellido trató los aspectos históricos y arqueológicos del mercenariado, contrastándola con algunos enfoques actuales.

García y Bellido publicó entre 1934 y 1974 cerca de una quincena de trabajos (póstumo el último) sobre los mercenarios ibéricos, lo que da idea de la importancia que concedía a la cuestión. Sus conclusiones, por lo general, se apartan de las ideas que hemos resumido en líneas anteriores; títulos tan expresivos como «Factores que contribuyeron a la helenización de la España prerromana»³ así lo expresan. A través de dichos estudios podemos apreciar toda una serie de presupuestos y enfoques de investigación que conviene analizar.

En primer lugar, sus trabajos iniciales (cuatro entre 1934 y 1939) se insertan dentro de una preocupación investigadora europea más amplia. A nuestro juicio, no es casualidad que en 1933 y 1935 se publicaran en Inglaterra los libros, todavía fundamentales, de Parke y Griffith sobre los mercenarios griegos⁴, que García y Bellido pudo conocer dada su vocación viajera⁵, pese a los tiempos difíciles que enseguida vendrían. En todo caso, la coincidencia muestra la conexión entre la «Historia con adjetivos posesivos» (esto es, de España) y las corrientes europeas imperantes, visible en otros aspectos del trabajo de García y Bellido⁶.

Pese al medio ambiente en que su investigación hubo de desenvolverse, el tono de García y Bellido al tratar la cuestión de los mercenarios es razonablemente aséptico, sin caer (salvo en momentos

³ En *BRAH* 104 (1934), pp. 639-670.

⁴ H. W. Parke, *Greek Mercenary soldiers. From the earliest times to the battle of Ipsus*. 1933.; G. T. Griffith, *The mercenaries of the Hellenistic World*. Cambridge, 1935.

⁵ J. Arce, «A. García y Bellido y los comienzos de la Historia Antigua en España», en J. Arce y R. Olmos (eds.) *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*. Madrid, 1991, p. 210.

⁶ *Ibidem*, p. 211.

¹ Ver F. Quesada Sanz, «Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado». *Encuentro internacional «Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica»*. Córdoba, Marzo 1993. Córdoba 1994, en prensa.

² Para una bibliografía de los trabajos de García y Bellido sobre el problema del mercenariado, cf. nota 1.

concretos, de corte más literario que ideológico⁷) en la tentación de emplear tal tema en la exaltación de lo racial hispano, en ligazón con la ideología oficial imperante en el momento⁸.

Quizá el rasgo latente más característico del trabajo de García y Bellido es lo que podríamos llamar un «optimismo histórico-arqueológico», en el que se parte de la base (consciente o no) de que mediante una investigación minuciosa de las fuentes, asociadas a los datos arqueológicos relevantes, es posible descubrir la «realidad histórica», cualquiera que ésta sea. Las dificultades prácticas y teóricas de la investigación, casi siempre ligadas a la calidad y fiabilidad de las fuentes, son solventadas con una notable erudición, una metodología rigurosa para su momento... y ciertas dosis de optimismo sobre la capacidad del razonamiento humano para suplir las deficiencias de la información disponible.

Sin embargo, esa información es, en nuestro campo de estudio escasa y poco informativa. Las fuentes literarias que aluden a mercenarios ibéricos son, aunque en apariencia numerosas, muy poco expresivas. La mayoría de las veces constan de un nombre dentro de un catálogo de pueblos empleados como tropas a sueldo de púnicas o griegas. Rara vez, junto al nombre aparece una cifra de efectivos; además, muchos de los textos habitualmente citados ni siquiera citan expresamente a mercenarios ibéricos; a veces, la atribución hecha por la investigación actual es verosímil, otras, no tanto. De 201 alusiones que hemos espigado, sólo 42 (21 %) se refieren al período anterior a la Segunda Guerra Púnica, y de ellas, al menos una decena no alude directamente a iberos. Esto hace un total de una treintena larga de menciones en 280 años. Por otro lado, muchas referencias son encadenadas, esto es, hacen referencia a los mismos contingentes⁹.

Otro aspecto donde el optimismo conceptual latente en los años cincuenta es más visible es en la cuestión de los efectivos. Rara vez los textos nos proporcionan datos sobre el número de mercenarios reclutados o los efectivos de los ejércitos. Habrá que esperar a las narraciones de las guerras púnicas (nuestra segunda fase), a Polibio y a Livio, para contar con cifras más fiables. Autores como García y Bellido vieron claramente que ciertos datos antiguos eran inverosímiles, y propusieron coeficientes reductores razonables, que en la mayoría de los casos eran, en palabra del propio García y Bellido, «aventurar» cifras¹⁰. A nuestro modo de ver, aún siendo razonables, e incluso posibles, tales reducciones carecen de cualquier base fiable y metodológicamente son hoy en día muy discutibles. Incluso para el ejército siracusano de Dionisio el Viejo las estimaciones varían en más del 100 %¹¹ según los autores, que parten de cifras mucho más detallados (Diodoro XIV,47,7; XIV,41, etc.).

Por lo que se refiere a los datos arqueológicos utilizables para «rastrear» el paso de los mercenarios ibéricos en Sicilia e Italia, también los métodos empleados en los años 30-60 resultan hoy en exceso optimistas. A lo largo de los diversos trabajos publicados sobre los mercenarios ibéricos (no sólo de García y Bellido, sino de otras figuras del prestigio de Bosch Gimpera o Blázquez Martínez)¹², se aprecia como diversos elementos de cultura material son considerados como prueba del regreso de mercenarios a Iberia, o de su paso por Italia. Así, aparecen citados los cálatos ibéricos hallados «cerca de Metauro», una patera argéntea hallada en Urbino, o los broches de cinturón de garfios de tipo «céltico» hallados en Corcira y Olimpia, estos últimos objeto de bibliografía mucho más reciente, anclada en presupuestos anteriores¹³. Hoy sabemos, sin embargo, que los cálatos decorados de Italia son

⁷ Por ejemplo, en *Historia de España dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal*, Tomo I, Vol. II, Madrid 1954, p. 648: «hallaron los guerreros españoles señores a quienes servir lealmente, y botín con que saciar su codicia de mercenarios...».

⁸ Pro J. Arce, *op. cit.* p. 210, contra L. A. García Moreno, en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. III, p. 30. Compárese, por ejemplo, el tono de García y Bellido con el de J. Cabré: «El saludo ibérico. Saludo racial precursor del nacional: su difusión por Europa en unión del *gladius hispaniense*», *Coleccionismo*, 196, 1943, pp. 21-31, trabajo analizado, con otros, en nuestra tesis doctoral *El armamento ibérico*, 1991, pp. 101-105.

⁹ Por ejemplo, las tropas reclutadas por Himilcon en 396 a.C. (Diod. XIV,54) son las mismas que aparecen en Sicilia (Diod. XIV,75,9), y a su vez las mismas que Dionisio el Viejo reclutó tras su abandono (Diod. XIV,75,9). Los 2.000 «celtas e iberos» enviados a Grecia en 369 a.C. (Diod. XV,70) son los citados por Jenofonte (*Hel.* VII,1,20), y con toda probabilidad los mismos que fueron reenviados a Grecia dos años después (Jenofonte,

Hel. VII, 1,28). Es probable que en buena parte sean los mismos hombres los bárbaros — no específicamente iberos — citados por Platon c. 360 a.C. (*Ep.* VII y *Leg.* I,637). En consecuencia, seis citas de tres autores probablemente se refieren a los mismos centenares — como máximo 2.000 — mercenarios.

¹⁰ Por ejemplo, en el asedio a Selinunte de 406 a.C., Diodoro (XIII,54) cuenta que Eforo calculó en 204.000 los hombres del ejército cartaginés, y Timeo en unos 100.000. Ambas cifras son una imposibilidad logística. García y Bellido (*op. cit.* nota 7) avanza una cifra de 25.000 a 30.000 hombres.

¹¹ Parke (*cf.* nota 4) cifra entre 20.000 y 26.000 hombres el número de mercenarios en el ejército siracusano (p. 68). Griffith, partiendo de los mismos datos, estima una cifra de entre 10.000 y 14.000 hombres.

¹² Bibliografía *in extenso* en F. Quesada, *op. cit.* nota 1.

¹³ Desde A. García y Bellido en *Simposio Internacional de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, pp. 201 ss. (obra publicada postumamente) hasta J. Luque, en *AEspA* 57, 1984, pp. 3 ss.

muy posteriores a las guerras púnicas¹⁴, mientras que los intentos de adaptar la cronología de los broches de los santuarios helenos a una teoría preconcebida (por ejemplo, que son ofrendas de los iberos que marcharon a Grecia a mediados del siglo IV a.C.) chocan hoy con los estudios tipológicos que los fechan al menos un siglo antes. Es, creemos, oportuno recordar el duro *caveat* lanzado recientemente por A. Snodgrass sobre lo que él ha llamado la «falacia positivista»¹⁵, consistente en sucumbir a la tentación de tratar de asociar mecánicamente acontecimientos históricos (por ejemplo, asedios) con datos observados en un yacimiento. Partiendo de la base, compartida con un extraño compañero de viaje, D. Clarke¹⁶, de que los datos arqueológicos son datos arqueológicos y no históricos, y además incompletos, ambiguos y complejos, Snodgrass se muestra en extremo escéptico con estas «bodas forzadas» de datos literarios y arqueológicos¹⁷. Sin entrar ahora en la discusión de esta postura, no nos cabe duda de que en el caso de los escasos materiales ibéricos hallados en Italia o Grecia, el intento de asociarlos a portadores concretos, como resultado de acciones concretas (batalla de Metauro, de Himera) es en

extremo aventurado, y en algunos casos, incluso demostrablemente erróneo.

Una de las conclusiones de lo que venimos diciendo es que para el investigador actual resulta fácil oscilar hacia el otro extremo del péndulo, cayendo incluso en un cierto escepticismo sobre nuestras posibilidades reales de hacer «Historia (verdadera y absoluta)» en lugar de «una Historia (condicionada por múltiples factores)». Este escepticismo no es, creemos, insano. En cambio, es fácil caer también en un relativismo extremo que lleve a la ambigüedad en las propuestas y a una dejación de la tarea de proponer hipótesis (que a la larga es una de las cosas que hace avanzar una disciplina) en favor de la catalogación de posibilidades alternativas sin una definición clara de posturas. En una reciente novela, Claudio Magris escribe que «la ambigüedad es un pretexto de los débiles, para achacar al mundo su incapacidad de discernir, como un daltónico que acusase a la hierba y a las amapolas de tener colores indefinibles»¹⁸. Nadie podrá acusar de ello a D. Antonio García y Bellido, cuyas contribuciones en el campo que hemos tratado, como en tantos otros, han resultado fértiles incluso cuando hoy las podamos llegar a creer o demostrar superadas.

¹⁴ Por ejemplo, S. Bruni y M. J. Conde en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona 1991, pp. 543-576.

¹⁵ A. Snodgrass, *Arqueología de Grecia*, Barcelona, 1990, ed. or. 1987, pp. 50 ss.

¹⁶ D. Clarke, *Arqueología Analítica*, Barcelona, 1984, ed. or. 1978, pp. 9-10.

¹⁷ Y Snodgrass, un arqueólogo clásico de vieja tradición, no es precisamente sospechoso de ser un «joven turco» de la Ar-

queología, aunque en los últimos años se esté esforzando por la renovación de la «Arqueología clásica». De todos modos, para una visión más ponderada de las vehementes propuestas de Snodgrass, véase la recensión de A. J. Domínguez Monedero en *Arqritica* 1, p. 16.

¹⁸ C. Magris, *Conjeturas sobre un sable*, Madrid, Anagrama, 1994, p. 30.